

¡Escena de dolor, que estáticos contemplarian los ángeles!

La losa sepulcral iba á ser colocada, pero la desconsolada Virgen de Nazareth, quiere despedirse de su Jesus amado y se precipita á estrecharle de nuevo entre sus brazos. ¡Con qué espresiones demostraria los dulces afectos de su corazon amante! ¡Adios, esclamaria con palabras entrecortadas por los sollozos y gemidos, adios Hijo de mi vida, luz de mis ojos, y prenda amada de mi corazon! ¡Por qué no has permitido que sea yo encerrada contigo en el sepulcro! ¡Por qué he de verme obligado á separarme de ti!.. Era necesario que tuviese término aquella desgarradora escena. Maria despues que hubo desahogado los afectos de su corazon como Madre abrazada con su Hijo, se postró en tierra como esclava delante de su Señor, como criatura en la presencia del Criador. Con la mayor reverencia adoró el sagrado cadáver haciendo lo mismo cuantos estaban presentes. Un instante despues, la pesada losa cayó á un mismo tiempo sobre el cuerpo del Hijo y sobre el corazon de la Madre...

Vió este momento Isaias divinamente inspirado cuando á través de los tiempos esclamara: *¿Cómo está sentada solitaria la ciudad llena de pueblo? Ha quedado como viuda la Señora de las naciones; la princesa de las provincias ha sido hecha tributaria. Lloró hilo á hilo en la noche y sus lágrimas se secaron en sus mejillas: no hay quien la consuele entre todos sus amados*¹. Y en efecto la ciudad de Dios, el Tabernáculo santificado del Altísimo se vé solitario: Maria la Señora de las naciones, la Reina del universo, la que era la gloria de Jerusalem, la alegría de Israel y la honra de su pueblo, ha quedado como triste y desamparada viuda: *¿A quién te compararé, hija de Jerusalem? ¿Con*

¹ Thren. cap. 1, v. 1 y 2.

*quién te asemejaré ó Virgen hija de Sion? porque grande es como el mar tu quebranto. ¿Quién será capaz de consolarte*¹? Tal era el desconuelo de la Santísima Virgen, que como dice San Bernardo, los mismos discípulos al verla en tal estado lloraban amargamente, mas que por la muerte del Hijo por este nuevo dolor de la Madre, siendo lo mas notable que llorasen tambien á vista de su afliccion, algunos de los mismos que habian tenido parte en la muerte de Jesus².

Luego que el sagrado cadáver quedó depositado en el sepulcro, volviéronse todos con el mayor recogimiento y compostura al Calvario. Maria quiso que todos pasasen con ella por el lugar del sacrificio para que en su compañía adorasen la santa Cruz. Asi, pues, todos subieron en silencio hasta la cumbre del Gólgatha, y la Reina de los mártires fué la primera en postrarse ante el instrumento santo de la muerte de Jesus, que si hasta entonces habia sido objeto de terror y espanto, habia de ser en adelante y hasta el fin de los siglos, signo de adoracion en los pueblos y naciones: la Cruz ante cuya presencia habian de caer por tierra los ídolos, que se habia de elevar sobre las mas altas torres y pirámides y que habia de adornar y embellecer como trofeo de gloria y el mas honorífico de la tierra, la diadema de los Césares. San Juan, la Magdalena, José, Nicodemus y las piadosas mujeres siguieron el ejemplo de la Reina de todas las virtudes, y rostro en tierra adoraron al sagrado leño. ¡Dichosas criaturas! Ellas formaron las primicias de esa innúmerable multitud de adoradores que de siglo en siglo vienen rodeando el lecho florido del Salomon divino, la cátedra de la mas sublime enseñanza, la Cruz salvadora.

¹ Ibid. II, v. 13.

² S. Bern. De lam. Virg.

El Sol se ocultaba despues de haber dividido en el momento de su eclipse el mundo de las profecias del mundo del Evangelio: la época de los vaticinios de la época de la realidad. María se retiró del Calvario, dirigiéndose al Cenáculo, y tal era el desconsuelo que se retrataba en su rostro, que no solamente llenaba de afliccion á los que la acompañaban sino que muchos judíos, dice San Buenaventura, salian de sus casas y vertiendo lágrimas de compasion se reunian á aquella corta comitiva. Luego que la Señora llegó al Cenáculo se despidieron de ella todos los que la habian acompañado menos San Juan y las Marías que con ella se quedaron.

¡Qué noche tan cruel! Cuanto la rodeaba aumentaba las angustias de su soledad. La ausencia de aquel que formaba sus mas bellos encantos le era insoportable. Sus ojos se dirigian de una á otra parte: le habia visto colocar en el sepulcro, pero se figuraba oír su divina voz cada instante. ¡Cruelles desengaños! ¡Jesus! ¡Jesus!.. esclama, pero todo calla, todo enmudece y ella vuelve á quedar sumergida en el insondable piélago de la mas cruel amargura: como embargada y fuera de sí á fuerza de la angustia de su corazon, cree estrechar entre sus brazos al amado de su alma, pero vuelve en sí, y solo ve tristes objetos que le recuerdan la pérdida que acaba de experimentar. Verdad es que allí está Juan, y tambien aquellas mujeres que llenas de piedad procuraban consolarla y enjugar sus lágrimas: ¿pero cómo habia de encontrar consuelo? ¿Quién podria llenar el vacío que en su corazon habia dejado su Jesus amado? ¡Ah! Que á proporcion que era grande el amor que siempre le habia profesado, y el conocimiento que tenia de sus perfecciones, era extraordinario el dolor que su pérdida le ocasionaba. Nada podia prestarle consuelo. En tan angustioso estado

podia esclamar y esclamaría con el Profeta de los lamentos: *Han oido que estoy gimiendo, y no hay quien me consuele*¹.

En vano trataríamos de buscar comparaciones, ni de servirnos de símiles para espresar segun fueran nuestros deseos las amarguras de María en su soledad: la elocuencia mas robusta, la pluma mejor cortada retrocederia al querer describirla. Era necesario ser María para poderlo comprender. Quisiéramos llamar la atencion de aquellas madres á quienes la muerte arrebatara aquel hijo único que era objeto de sus delicias ¿pero qué comparacion hay entre la madre de un puro hombre, y la Madre de un Dios? y si el dolor producido por la muerte de un hijo es tanto mas cruel, cuanto es mas desastroso el género de muerte que le ha arrebatado, bástanos fijar nuestra consideracion en los tormentos de la pasion y crucifixion del Salvador para que de una vez renunciemos á toda clase de símiles, y dejemos á un lado toda comparacion humana. Empero siquiera sea en justo obsequio á la divina Eva que dolores tan crueles experimentara por la humanidad, detengámonos á meditar en la amargura de su corazon, y fijando nuestra imaginacion en el Cenáculo, tratemos de delinear aunque no sea mas que un débil y pálido bosquejo.

Al verse María privada de la vista de su divino Hijo, recordaria todos los acontecimientos que se habian ido sucediendo desde aquel instante feliz sobre toda ponderacion, en que el enviado del cielo le anunciara la Encarnacion del Verbo en sus purisimas entrañas. A su vista se presentaria la humildad de la gruta de Belen, y las pajas donde se habia reclinado aquella cabeza que era el centro de la sabiduría eterna, pero recordaria tambien que allí recibió las

¹ Audireunt quia ingemisco ego, et non est qui consoletur me. Ehen. I, v. 21.

primeras adoraciones de los humildes pastores y de los opulentos monarcas del Oriente. Recordaria tambien aquel otro dia en que despues de buscarle con el mayor dolor le habia visto radiante de hermosura en medio de los doctores de la Sinagoga, derramando de sus lábios un torrente de sabiduría y confundiendo la arrogancia y presuncion de aquellos á quienes Israel por sábios reconocia: y los extraordinarios y repetidos milagros que efectuara en el tiempo de su predicacion, y las aclamaciones que habia recibido de los que á su palabra omnipotente debieran el haber recobrado la salud: y las contradicciones que experimentara por parte de sus enemigos, y las calumnias con que quisieron eclipsar sus glorias y sus triunfos, y las recientes escenas de los tribunales y del Calvario... y todos estos recuerdos formaban para aquella amante Madre otros tantos cuchillos que desapiadadamente y del modo mas violento herian su corazon. Verdad es que si la Virgen Madre tuvo durante su vida, motivos de gozo y de alegría, siempre fueron mezclados de angustias pues jamás se apartó de su mente el lúgubre vaticinio de Simeon: pero al fin tenia el consuelo de poseer á su Hijo, de comunicarse con él, y en el amor que reciprocamente se profesaban, encontraba una indemnizacion á sus sinsabores. Pero ahora, cuando Jesus ha muerto á manos de sus crueles enemigos, cuando sobre su cadáver ha caido la losa del sepulcro, ¿con quién se asociará que pueda dar algun lenitivo á sus angustias? ¿Quién podrá ocupar en su corazon el lugar de su Hijo? ¿En quién encontrará el amor que aquel la profesaba?

Soledad amarguísima é incomparable!.. Las mas angustiosas situaciones de la vida, los mas terribles azares, los cruellimos tormentos que despues han sufrido los innumerables y esforzados mártires del Cristianismo que han sido es-

pectáculos admirables al mundo, á los ángeles y á los hombres, sombra son y nada mas. comparados con el hondo pesar é incomprendible angustia que experimenta Maria en su soledad. ¡La razon humana se pierde en un abismo que no le es dado sondear!.. A María separada de su Hijo, no le resta otra cosa que gemir y llorar. Hubiera querido morir con él, pero Dios dispuso que apurase hasta las heces el cáliz de la amargura: debió sobrevivir á su Hijo, quedar algun tiempo en el mundo, no solamente para compañera y maestra de los Apóstoles y primeros discípulos, sino tambien para que en todas las situaciones de la vida, tuviesen las criaturas un perfecto modelo que imitar.

Por cuanto acabamos de decir, se comprende en algun modo que la soledad de la Santísima Virgen María, fué la mas espantosa que puede concebirse. Grande fué en verdad su afliccion cuando al pié del árbol del sacrificio presenciaba la cruenta escena de la muerte de Jesus, reconcentrándose en su corazon todos los tormentos que aquel sufría en todos los miembros de su cuerpo. Profunda, inconcebible fué su angustia cuando le contemplaba cadáver al pié del sacrosanto leño; empero tenia el consuelo de verle, y podia adorar aquellas manos que aunque rasgadas por los clavos, eran las que habian fabricado el firmamento: veia aquella cabeza que aunque ceñida por una corona matizada de punzantes espinas, era el centro de la sabiduría eterna: mas ahora que la losa sepulcral le habia ocultado á sus ojos; ahora que en el retiro del Cenáculo se ve sin la luz que era su guia, es cuando agota las últimas heces del amargo cáliz de sus dolores y aflicciones. Busca al amado de su corazon y no le encuentra: le llama y en vano espera escuchar su voz divina. Para María no podia ofrecer ya la tierra otra cosa que amargos recuerdos y soledad horrible. Como el

Profeta de los Salmos esclamaría. « ¿Qué hay para mí en el cielo? ¿Y fuera de ti que he querido sobre la tierra? »
¿Qué cosa podrá ya satisfacer mis deseos y esperanzas?..

Imposible nos es seguir en la contemplacion de la soledad de María. Por mas que con este asunto llenásemos un grueso volúmen, nada podriamos añadir, porque como hemos dicho antes y repetimos ahora, era necesario ser María misma, estar dotados de sus mismos sentimientos para comprender la honda pena de su corazon á través de los sucesos que venimos describiendo. Si supiéramos amar á Jesus al modo que le amó su bienaventurada Madre; si nuestro corazon helado por desgracia, estuviese abrasado por el fuego activo de la caridad hermosa, las lágrimas arrasarian nuestros ojos, y el espanto se apoderaria de nuestra alma ante el sombrío cuadro de la soledad de María. ¿Y no hay en ella enseñanza para nosotros? ¡Ah! Jesus que habia dicho lo que él solo podia decir: « Yo soy el camino » nos ha enseñado por sí mismo que la Cruz es la senda que conduce á la felicidad por la que ansía el corazon humano: con sus tormentos y su muerte nos ha hecho conocer que no es un camino sembrado de flores el que conduce al cielo, sino las aflicciones y trabajos sufridos con resignacion y con alegría. Asi nos lo enseña el modelo de santidad increada: y María, modelo de santidad creada nos ha enseñado en el Calvario y despues en la soledad del Cenáculo, la conformidad que el cristiano debe tener con la voluntad divina. Ni la mas mínima queja salió de sus labios no obstante la terrible tempestad que se estrellaba en el fuerte muro de su corazon.

No concluiremos este capítulo sin dedicar cuatro líneas

¹ Quid enim mihi est in caelo? et á te quid volui super terram? Psalm. LXXII.

á honrar á aquellos piadosos varones que llenos de fe, sin temor á aquel pueblo bárbaro, se atrevieron á tributar á Jesucristo los últimos honores bajándole de la Cruz, y dándole sepultura. Las bendiciones del cielo serian el premio de obra tan meritoria. ¡Dichoso el que no se avergüence de ser hijo de Jesucristo y profesor de su doctrina! ¡Dichoso aquel que sin temor á las contradicciones y las burlas de un mundo insensato, sabe ofrecer al divino Redentor de la humanidad los justos homenajes de amor, de veneracion y de respeto que le son debidos! Aquellas almas tímidas y cobardes, que por mas que estén dotadas de un corazon recto, huyen por respetos humanos de confesar públicamente á Jesucristo, se ponen en el caso de que el mismo Señor los desconozca á ellos delante de su mismo Padre. Terminantemente lo ha dicho por el evangelista San Mateo. ¹.

Si el Evangelio fuese el libro de nuestras continuas meditaciones: si en los azares de la vida, en las tribulaciones y angustias que necesariamente nos rodean en este valle de lágrimas ó tierra de peregrinacion, recordáramos los padecimientos de Jesus y de María, formariamos de nuestros mismos trabajos, escala para el cielo.

¹ Qui negaverit me coram hominibus, negabo et eum coram Patre meo qui in caelis est. Math. cap. X. v. 33.